

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II  
NUM 81

5 SEPTIEMBRE  
1926

VAMOS A VER SI ADIVINAS QUIEN ES  
CAPAZ DE ESTAR ANDANDO UN DIA  
ENTERO SIN MOVERSE DEL SITIO.

NO CAIGO...

¡EL RELOJ!





# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS SEMESTRE, 10 PESETAS. TRIMESTRE, 5 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



VERÁS COMO EL CAPITÁN CUANDO VEA ESE MUNEDO QUE NAVEGA CON RUMBO AL HORIZONTE SE VA A CREER QUE ES EL MISMO Y LE VA A DAR UN ATAQUE DE ALEGRÍA

## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



ME ENVÍASUMA-  
JESTAD EL REY ME  
GRU PARA QUE LOS  
SAQUE DE ESTA  
ISLA ¡A LA BAR-  
CA, SEÑORES!

ESPERE UN MINUTITO  
QUE VOY A AVISAR A  
MI MUJER Y A LOS  
CHICOS ¡QUE ALE-  
GRÓN LES VOYA  
DAR!



¡ANTES MORO  
QUE IR A LA  
ESCUELA!

¡NO HABLES  
TANTO Y DA  
TE PRISA!

¡DADOS PRISA! ¡ESPOSA  
MIA! ¡ESTAMOS SALVA-  
DOS! ¿DÓNDE ESTÁ  
MI TRAJE DE LOS  
DOMINGOS?

MIRA A VER SI ES-  
TÁ EN LA CARBONE-  
RA. ¡YO ESTOY MUY  
OCUPADA!



¿CÓMO? ¿QUÉ  
DICE USTED?  
¿QUE NO QUIE-  
RE SALIR DE  
AQUÍ?

¡ESO MISMO! ¡Y SI  
NO SE VA AHORA MIS-  
MITO LE VOY A API-  
SONAR LAS NA-  
RICES!



¿QUÉ?

¿DÓNDE VAS, MELÓN?  
¿NO TE HAN MANDADO  
QUE NOS SAQUES  
DE ESTA ISLA?



¡ME PARECE QUE  
ESTE TIO ESTÁ  
MALO DE LA  
CABEZA!

EMBARQUE ESE BAUL  
Y ESPERE, QUE YO VEN-  
GO EN SEGUIDA CON MI  
DISTINGUIDA ESPOSA  
E HIJOS.



¿QUÉEEE?

¡QUE DESEMBARQUE ESE  
BAUL INMEDIATAMENTE  
Y QUE SE VAYA DE AQUÍ!  
¡A VER SI SE LO DIGO  
CON ESTE AS DE BAS-  
TOS QUE TENGO  
EN LA MANO!



¡VAYA UN EN-  
CARGUITO QUE  
ME HA DADO SU  
MAJESTAD  
NEGRA!

¡EH! ¡PARE! ¿QUE  
ES ESO DE MARCHAR-  
SE? ¡VUELVA AHO-  
RA MISMO Y EM-  
BARQUE A MI  
GENTE!



¡QUE FELICIDAD  
SALIR DE ESTA  
ISLA!

¡COMO SIGAN LAS BRO-  
MITAS, AQUÍ VA A  
HABER MAMPO-  
RROS!

¡PARECE  
UN SUEÑO!

¡VAYASE Y VUELVA  
EN SEGUIDA PARA  
RECOGERME A MI  
Y A MIS CHICOS TIN  
Y TON!



¿QUÉ TE  
PASA?

¡TODOS A TIERRA! ¡ESE  
REY NEGRO QUIERE RAP-  
TARNOS! ¡DEVUÉLVAME  
A MI FAMILIA SI NO QUIE-  
RE MORIR A MIS MA-  
NOS!

¿ES QUE TE  
HAS PUESTO  
MALO?



¡SOCOORRO! ¡QUE  
ESTA ISLA ESTÁ LLE-  
NA DE LOCOS!

¡ATIZA! ¡MI CAPI-  
TÁN HA PERDIDO  
EL JUICIO! ¡POBRES  
NEMITOS MIOS!

¡YA, YA!



¡ESPERE! ¡ESPERE!  
¿PERO POR QUÉ NOS  
ABANDONA?



¡CÁLLATE SI NO  
QUIERES QUE TE  
ROMPA ESA CALA-  
BAZA QUE TIE-  
NES ENCIMA  
DE LOS HOM-  
BROS!

¿SERÁS CAPAZ DE NEGAR  
QUE DIJISTE "TODOS A  
TIERRA"? ¡LO OÍMOS  
CON NUESTROS PRO-  
PIOS OÍDOS!

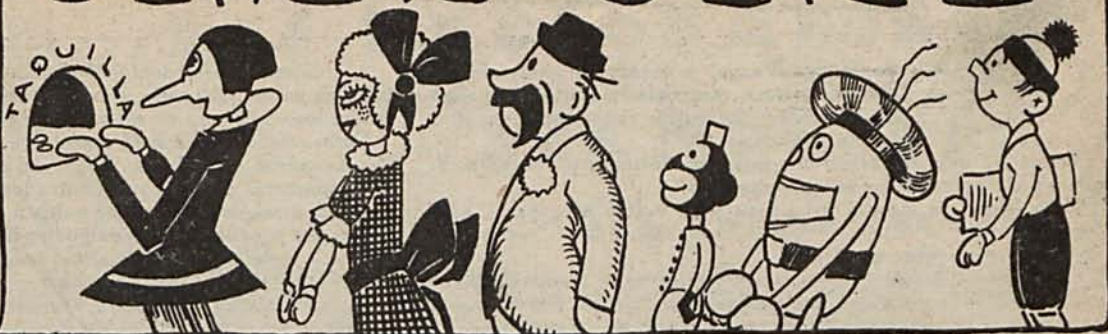
¡QUE  
HERMOSO ES VER  
NAVEGAR UN BU-  
QUE CON RUMBO  
AL HORIZONTE!



PROGRAMA  
PARA HOY  
LA  
GUARDIA  
DESAPARECIDA

Sensacional!

# GRAN CINE



## El peligro de Wanga-Wanga.



**Huracán.** Antes de ponerse el sol ya anclaba en la bahía de Kionga; y Colin Wood, acompañado de diez hombres, dirigíase a tierra en un bote motor.

Kionga era un paraje solitario, con un solo edificio que valiese algo, que era la residencia del general Mellor, gobernador británico de aquel distrito.

El bote motor se metió por la boca del río, que desembocaba en la bahía, y se detuvo ante el desembarcadero de madera, situado delante de la casa del gobernador.

El capitán echó pie a tierra y en seguida apareció en las escaleras del edificio la figura del general, vestido de blanco y con salacoff, quien se adelantó a recibir al capitán.

—¡Tanto gusto en conocerle, capitán Wood! Pase usted a mi casa y le explicaré por qué he requerido su ayuda.

Aceptó Colin la invitación, y en cuanto estuvieron dentro el gobernador abordó el asunto.

—Como usted sabe, capitán, tengo el deber de mantener una estrecha vigilancia en los pequeños estados que forman mi territorio y de procurar que reine la mayor tranquilidad; respecto a esto nunca he tenido el menor inconveniente hasta hace muy poco.

—Supongo no será nada grave lo que le pasa, general —preguntó Wood.

—Podiera llegar a serlo si no se sofoca a tiempo. En esas montañas rocosas que hay a espaldas del pueblo existe una tribu conocida por *La gente de las Montañas...*, tribu pequeña pero poderosa, y que nunca me ha producido ninguna molestia hasta últimamente. Esa gente de las Montañas se ha vuelto un poco levantisca debido a las instigaciones de un brujo curandero de la tribu, que se llama Wanga-Wanga, y que es el que les calienta los cascos.

—Pero supongo que esa sublevación fracasará —observó Colin.

—Así espero que suceda, a la larga —convino Mellor—. Pero de todos modos aquí se necesita un pequeño ejército para restablecer la paz si llegara a perderse. Yo ya he empezado a tomar precauciones, capturando, por primera providencia, a Wanga-Wanga.

—Si usted a capturado ya a Wanga-Wanga, ¿qué me queda a mí que hacer aquí?

—Pues usted se va a encargar de alejarlo de este puerto. Yo he recibido instrucciones de las autoridades para que se le entreguen; y supongo que usted recibirá también instrucciones respecto a lo que ha de hacer con él. Creo que procede mandarlo a un sitio donde no pueda hacer daño alguno.

—Eso es una cosa muy sencilla, general. ¿Debo llevármelo en seguida?

—Sí; quiero que usted lo recoja inmediatamente. Ahora se halla en el bosque que hay en las afueras de Kionga, custodiado por mis diez soldados blancos; lo he mandado allí porque quería alejarlo del pueblo cuanto antes.

—Entonces, iremos a buscarlo inmediatamente.

Colin Wood salió de casa del gobernador; ordenó al guardia marina Spring y a siete de los soldados que habían venido en el bote que lo siguieran, y con el general a la cabeza, emprendieron la marcha hacia el bosque donde estaba el brujo curandero.

Llegaron al claro del bosque, donde los soldados habían acampado, pero no estaban allí ni los soldados ni Wanga-Wanga; todo lo que quedaba del campamento era un fuego medio extinguido, que se notaba no lo habían atendido desde hacía varias horas.

El general Mellor se puso muy grave al contemplar la escena.

—Esto se presenta mal, Wood —murmuró por lo bajo—. Tengo la seguridad de que mis soldados no son capaces de dejar marchar a su prisionero sin antes sostener una verdadera lucha.

—Tampoco yo lo dudo —asintió el capitán—. Pero aquí no ha habido lucha ninguna.

El guardia marina Spring, que estaba inspeccionando el lugar aquel, separó los arbustos, que formaban un matorral, y dejó al descubierto la cara de un hombre, que subía de un pozo o concavidad hecha en la tierra y cuya abertura estaba tapada por el matorral.

Spring le dió la mano para ayudarlo a subir, y una vez fuera del pozo vieron que era un blanco vestido con el uniforme de cabo británico.

—¡Cabo Strong! —exclamó Mellor—. ¿Dónde está Wanga-Wanga y los soldados que dejé aquí al cargo de usted?

El cabo se puso en pie, vacilando, e intentó saludar a su jefe, pero estaba como atontado. Al fin respondió:

—Se han ido, mi general. A Wanga-Wanga lo han rescatado los suyos y a nuestros hombres se los han llevado también.

—Fué Bula, el cocinero, quien nos traicionó.

Bula era un indigena que cocinaba para los soldados.

—¿Y cómo es que Bula, un negro, ha podido vencer a nueve soldados y un cabo?

—Porque cuando estaba haciendo el café —respondió el cabo— echó en el fuego unas hojas de chungu. Supongo que mi general sabrá lo que son las hojas de chungu.

—Sí, lo sé; son unas hojas venenosas que despiden un humo capaz de atontar a cualquiera en un instante.

El cabo siguió contando que él y los soldados estaban alrededor del fuego tomando tranquilamente el café, y que poco a poco, y sin darse cuenta, se habían adormecido con el humo que despedían las hojas que el cocinero había echado al fuego sin que lo vieran. Strong, al darse cuenta de que perdía el conocimiento, se había puesto en pie con grandes esfuerzos.

—Llamé a los soldados para que despertasen —continuó diciendo— y todos trataron de hacerlo, mientras Bula se escondía entre los árboles. Yo caí entre estos matorrales y al pozo que hay debajo de ellos. Con el golpe acabé de perder el conocimiento por completo, aunque pude oír como entre sueños a los negros que marchaban gritando y diciendo que se llevaban a los soldados al pilar del Ju-ju que hay en el Valle de las Rocas.

—¿Qué tiempo hace esto? —preguntó el gobernador.

El cabo miró el reloj de pulsera.

—Hará unas dos horas, mi general. Yo he estado todo ese tiempo sin conocimiento.

El general se pasó la mano por la barba pensativamente; luego se volvió al capitán añadiendo:

—Esto se pone muy serio, Wood.

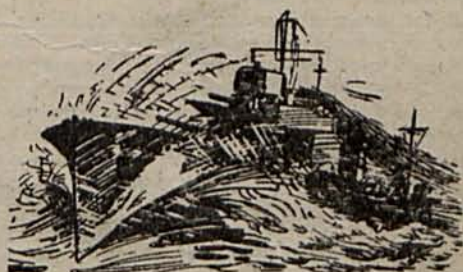
## Una señal hecha con fuego.

La noche había cerrado ya y estaba la luna en el horizonte cuando la patrulla de marineros, acompañada del gobernador y del cabo Strong, caminaba por el terreno desigual que conducía al Valle de las Rocas.

Hicieron alto al abrigo de un montón de peñascos y desde aquel punto pudieron contemplar el paisaje.

Abajo, en medio del valle, se levantaba un alto pináculo de roca; y esta columna desigual era lo que los indigenas llamaban el Pilar del Ju-ju. Alrededor de este Pilar estaban ahora los nueve soldados atados a una cuerda que pasaba alrededor del montículo de roca, y delante de ellos hallábase Wanga Wanga arengando a más de treinta negros que le escuchaban boquiabiertos.

—Ya veis ahora cuánto más poderoso es Wanga Wanga que todos los blancos —gritaba el curandero—. Bula es un fiel servidor







de Wanga Wanga, y cuando la gente de las montañas haya conquistado todos los países de alrededor, Bula será rey de uno de ellos por su fidelidad.

Todos los ojos se volvieron a Bula, que formaba parte del auditorio, y el negro traidor sonrió satisfecho.

Colin Wood se mordió los labios y se volvió al general, añadiendo:

—¡Caigamos sobre ellos!

Colin dió la orden y los valientes marineros se arrojaron por el valle abajo. A la vista de los blancos los indígenas dieron la voz de alarma, y en seguida brillaron unas cuantas lanzas por el aire.

Tres de los marineros cayeron heridos; pero los otros continuaron luchando. Todos llevaban rifles, y las balas disparadas, más para amedrentarlos que para herirlos, asustaron de verdad a los negros, que empezaron a batirse en retirada.

Wanga Wanga los llamaba a gritos para que se replegasen, hasta que dándose cuenta él mismo de que su única salvación estaba en la huida, echó a correr por la loma arriba.

Colin Wood fué detrás del viejo curandero, alcanzándolo, y cogiéndolo por el cuello, le derribó al suelo. No obstante los esfuerzos del brujo, Wood le llevó arrastrando hasta el fondo del valle en el momento en que los marineros cortaban la cuerda que ataba los soldados al pilar.

Los negros desaparecieron todos por detrás de las colinas que bordeaban el valle, y parecía que el triunfo estaba de parte de los blancos.

—Espero que no terminará aquí la cosa —dijo Bob Luck con expresión de desencanto en su cara ancha—. ¡Si apenas hemos luchado, y parecía que la cosa prometía tanto!

—No importa, Bob —repuso Colin amablemente—. Ya tendréis más luchas en otros sitios. Después de todo, aquí ya hemos hecho lo que veníamos a hacer...; hemos capturado a Wanga Wanga y salvado a los soldados.

La partida empezó a subir el valle, ayudando los sanos a los heridos. Estos, aunque no de gravedad, no podían andar solos, y cada uno necesitaba un hombre para ayudarle a subir. Pero cuando ya no les faltaban más que cincuenta metros para alcanzar la cúspide de la loma, del lado opuesto vinieron seis tiros en rápida sucesión, seguidos de otros cuatro tras un intervalo de pocos segundos. Colin Wood se tambaleó porque acababa de recibir un balazo en un hombro, y el general cayó de rodillas apretándose una mano, herida también. Aquellos de los marineros que estaban todavía en estado de poder hacer uso de los rifles, se volvieron; pero no vieron nada al otro lado del valle porque los indígenas estaban bien parapetados por los peñascos.

—¡Adelante! —gritó Wood—. ¡A la cumbre a cobijarnos! Cuanto más tiempo estemos aquí a pecho descubierto, más tiempo les serviremos de blanco sin poder devolverles los tiros. ¡Arriba todos! ¡Ayudad a los que no pueden valerse!

El general contábase entre los que necesitaban ayuda. Antes de echar a andar la partida, ya habían caído heridos otros cuatro marineros.

Al fin pudieron llegar los blancos a la cumbre de la loma, y una vez allí, se parapetaron contra la lluvia de balas tras de unos peñascos.

De todos aquellos soldados y marineros sólo ocho quedaban capaces de pelear. Algunos de los heridos sólo podían andar muy despacio, y los demás, ni eso siquiera.

Esto significaba que si el enemigo atacaba con fuerza tenían pocas esperanzas de escapar con vida, porque con el obstáculo tan grande que suponían los heridos, nunca podrían correr lo bastante para salvar sus vidas y las de aquéllos.

Del otro lado del valle llegó hasta ellos una gritería salvaje, y Wood vió que de entre los peñascos salían lo menos cien hombres. Los indígenas habían huido sólo para ir a buscar a sus compañeros de tribu y venían, ya reforzados, a emprender el ataque final.

—¡No hay más remedio que vencerlos, muchachos! —gritaba Colin—. ¡Todo hombre que esté todavía hábil para manejar un rifle, que dispare! ¡Que no os vean! ¡Esos negros tienen nueve rifles que cogieron a los soldados!

Los blancos tomaron posiciones, y en cuanto apareció a la vista el primero de los atacantes, dispararon varios tiros con tan buenos resultados que los indígenas empezaron a huir en confusión.

A lo lejos se oyó redoblar el tambor. Todo el pueblo de las montañas se había sublevado y cuatrocientos hombres venían a reunirse con los otros para un ataque compacto.

Colin comprendió que el ataque era inminente y sólo vió un medio de salvar la situación. Cogió del suelo unos ramascos grandes de un matorral, y con la rama entre los dientes subió arrastrándose a un alto pináculo de roca que había a algunos metros de distancia. Trepó por aquellos riscos desiguales hasta llegar a la cúspide, que estaría a veinte metros de altura sobre el terreno, y desde allí escuchó el valle por el lado derecho y vió... lo que esperaba ver: las luces del *Huracán*, que estaba anclado en la bahía.

De pie en la cúspide de la roca, sacó las cerillas del bolsillo y prendió fuego a los ramascos. Después que el fuego prendió bien en ellas, empezó a agitar furiosamente aquella antorcha de fuego.

Cada movimiento del brazo significaba una letra del alfabeto Morse, porque el capitán estaba enviando un mensaje al *Huracán*. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

Las balas del enemigo pasaban silbando junto a él; pero Wood sin inmutarse, seguía transmitiendo el mensaje a la persona que sabía estaría en el puente del destróyer.

Antes de terminar de transmitirlo una luz oscilante del *Huracán* dió a entender que habían leído el mensaje; pero él continuó haciendo las señales en medio de una verdadera granizada de proyectiles.

Al acabar de decir la última palabra con la antorcha, una bala le dió en el brazo. Tambaleose y cayó desde la plataforma de la roca en que estaba; esta caída podía muy bien haber sido la última de Colin a no recibirle los brazos fuertes y vigorosos de Bob Luck.

En este momento los indígenas, ya desesperados, hicieron el ataque mayor de todos. Arrojáronse, formando una avalancha, por la loma abajo; pero sólo llevaban recorrida una corta distancia, cuando por encima del valle vino una granada lanzada por el *Huracán*; a aquella siguió otra, y otra, que cayó en el río.

—¡Otra más que caiga entre estas dos y estamos salvados! —balbuceó Colin.

—¡Pooooommm!

¡Una bomba explosiva había dado en el muro de roca que contenía el cauce del río, abriéndole un tremendo boquete; el agua empezó a salir a borbotones, formando una verdadera catarata, que inundó el antiguo

cauce del río; en cinco segundos un río caudaloso corría por el valle, formando una barrera imposible de pasar para los indígenas.

Y así, gracias al valor de Wood, todo peligro desapareció, y los blancos se vieron libres para poder marchar con los heridos.

La valiente cuadrilla llevó consigo al brujo; un cuarto de hora después se encontraban con otra cuadrilla de hombres que venían corriendo desde el *Huracán* para salvarlos; al mando de ellos venía el oficial Mc Todd con la buena nueva de que acababa de recibirse un despacho telegráfico anunciando que antes de amanecer desembarcaría en Kionga un batallón del regimiento de Worcestre para ayudar a mantener el orden en el pueblito africano.

Pero aquel refuerzo ya no tuvo nada que hacer, porque la gente de las Montañas, al ver que habían perdido finalmente al brujo curandero, perdieron también sus ambiciones guerreras y volvieron a vivir en paz.



**Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 pesetas), o un trimestre (5 ptas.)**





(Continuación.)

Vicente, aunque había estado trabajando hasta aquel momento, sin arredrarse, atacó la roca con rabia, ayudado de igual forma por Miguel. Aquel bloque que se les interponía era, como el otro, de tufo calcáreo, pero atravesado de vetas rojas bastante duras.

Durante otras cuatro horas acometieron aquella roca, adelantando en ella otros dos metros. Después, lanzaron un grito de estupor.

—¿Qué os pasa? —dijo el doctor, corriendo hacia ellos—. ¿Se hunde la galería?

—No, señor —dijo Vicente—. La pared de roca ha cedido y vemos ante nosotros el vacío.

—¿Habremos atravesado ya todo el espacio hundido?

—¡Hum!, lo dudo, doctor —contestó Vicente—. Aún no se oye el rumor del agua.

—Dale la antorcha —ordenó el doctor.

Roberto cogió la maroma alquitranada y la acercó a los trabajadores.

La pared rocosa había quedado atravesada a los poderosos golpes de los pescadores, mostrando ante su vista una cavidad que parecía muy extensa.

El doctor metió la cabeza por aquel boquete y miró hacia el otro lado; pero no pudo distinguir nada. Prestó oído, recomendando a sus compañeros que no hablaran, y le pareció oír un leve murmullo como de aguas que se despeñaban contra las paredes del canal.

—¿Qué hay? —preguntó Vicente, lleno de viva impaciencia.

—Existe una galería —dijo el doctor.

—¿Y adónde nos llevará?

—Si no la exploramos antes, será imposible saberlo. Creo que debe tener alguna comunicación con el canal.

—¿Y cómo puede haberse formado aquí una galería? La cosa me parece sumamente extraña, doctor.

—Pues a mí no, Vicente. Las rocas, al caer en desorden, han dejado entre ellas ciertos huecos y pasadizos.

—Vamos a recorrerla, doctor —dijeron Miguel y Roberto.

—Encended una cuerda embreada y seguidme. Vamos a ver adónde llega.

Ensacharon con los picos el boquete y encendiendo la cuerda alquitranada se metieron resueltamente por aquella cueva.

No se trataba en realidad de una galería. Era un simple pasadizo, formado por inmensas rocas que habían caído unas sobre otras en forma que se tocaban sólo por su parte superior.

Debajo había quedado un espacio que permitía el paso de algunas personas sin grandes dificultades.

El doctor y Vicente, que marchaban a la cabeza, se percataron en seguida de que aquel pasaje, en vez de subir hasta la bóveda, iba bajando como si fuese a internarse bajo las aguas del canal.

—¡Diablo! —exclamó Vicente—. ¿Adónde iremos a parar?

—¿Podrías decirme qué dirección lleva esta galería? —dijo el doctor, deteniéndose.

—Va de levante a poniente, señor.

—¿Entonces sigue la dirección del túnel?

—Sí, doctor. Mas, ¿a qué viene esa pregunta?

—Un momento: ¿Cuántos metros habremos recorrido ya?

—Lo menos sesenta.

—Y aún no hemos llegado al final.

—¿Qué sacáis en consecuencia, doctor?

—Que si no hubiésemos encontrado estas cuevas, hubiéramos tenido que cavar lo menos ciento y pico de metros de galería.

—Antes nos hubiéramos muerto de hambre y sed.

—Aún no estamos seguros de haber escapado del peligro.

—¿Queréis asustarme, doctor?

—¿Para qué? Digo esto porque aún no sabemos dónde terminará este pasadizo.

—¡Por todos los santos!... ¿No oís cómo suena el agua delante de nosotros? Son las pequeñas oleadas producidas por el refluo que se rompen aquí dentro.

—Sí, lo oigo, Vicente; ¿pero terminará este paso debajo del agua?

—No hay que retroceder, doctor —dijo Vicente resueltamente—. ¡Adelante!...

El pasadizo bajaba con rápida inclinación, pero conservando siempre una anchura suficiente y una altura superior a dos metros y medio. No era regular, sino todo lo contrario: por distintos lugares, las dos colosales rocas que le habían formado, impidiendo que el hundimiento le cegara, se acercaban y se alejaban, teniendo sus superficies cubiertas de entrantes y salientes y grandes curvas.

Después de recorrer otros quince metros, Vicente, que iba delante de todos, se detuvo bruscamente.

A la luz de la cuerda alquitranada vió brillar un charco de agua.

—¡Ya estamos!

—¿Dónde? —preguntó el doctor.

—La galería termina en el agua; teniais razón, señor Bandi.

—Veamos.

El doctor se adelantó y comprobó que, en efecto, aquel pasadizo finalizaba precisamente en las aguas del túnel.

Se inclinó, y metiendo la mano en el agua la llevó después a sus labios.

—Agua salada —dijo.

—¿No será posible pasar? —preguntó Vicente.

—Eso no lo podemos saber aún —contestó el doctor—. ¡Roberto, vete a buscar el palo penol!

—¿Queréis medir la profundidad?

—Sí, Vicente.

Poco después volvía Roberto cargado con el penol. El doctor lo introdujo en el agua y con gran satisfacción comprobó que no había ningún obstáculo.

Parece que este canal se prolonga además por debajo del agua. Las dos rocas se han detenido bajo el fondo del canal.

—¿Y cómo haremos para salir de aquí? —dijo Vicente.

—No hay más que un medio.

—Tirarnos a nadar por debajo del agua, ¿no es verdad?

—Eso es, Vicente.

—Pues allá voy.

Sin decir una palabra más el pescador se despojó rápidamente de sus ropas, y tendiendo la mano al doctor, le dijo:

—Volveré en seguida.

—¿Quieres hacer la prueba?

—No hay más remedio —dijo el pescador—. Si perdemos un solo día nos morimos aquí de hambre.

—Y si la galería estuviese cerrada?

—Entonces buscaremos otro medio para salir de esta prisión.

—¡Piensa en lo que vas a hacer, Vicente!

—¡Bah...! Soy un hábil nadador.

—Pues vete y vuelve pronto.

Vicente se sumergió rápidamente después de haber aspirado una gran cantidad de aire.

(Continuará en el número próximo.)

## LOS SUSCRITORES DE PINOCHO

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En la galería de retratos porfirianos confirmando la verdad de las precedentes aserciones.





# BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASİD

CUENTO DE  
LAS MIL Y UNA NOCHES

(Conclusión.)

Entró la mujer en el muro y desapareció durante un corto rato. En seguida volvió a abrirse la pared y salieron de ella veinte esclavos blancos, de aspecto tan distinguido y bello, que no se cansaban los ojos de mirarlos. Iban todos vestidos con espléndidos trajes regios, y en la cabeza llevaban una corona con piedras preciosas incrustadas. Se dirigieron a soltar al prisionero, se prosternaron ante él y después quedaron de pie con las manos cruzadas sobre el pecho. Luego vinieron unos cuantos sirvientes que cubrieron la prisión con tapices de seda y colocaron para Básım un trono de oro incrustado con perlas y piedras preciosas. Entró después Ommalqalaid seguida de veinte esclavas con instrumentos de música, salterio y pandereta. Le trajo una colección de vestidos tan espléndidos y ricos, que no podría compararse ni uno solo con el valor de todo el reino del Califa. Hízole cambiar su misero traje por uno de aquellos, púsole en la cabeza una corona imperial de precio inestimable y lo sentó en el trono. Colocó a los esclavos en dos filas y ordenó a las esclavas que ejecutaran una melodía.

Empezó a tocar cada una el instrumento que había traído, y hasta las paredes se inclinaron de emoción. Después se prepararon los manteles. Era costumbre en casa del Califa, para antes de acostarse, disponerle por la noche una comida abundante, más espléndida que la cena. El cocinero había preparado los diversos platos como de costumbre, había tapado las ollas y esperaba órdenes. Los genios al servicio de Ommalqalaid se llevaron todos estos guisados y en las mismas ollas los colocaron ante Básım: pasteles, confituras, sorbetes de pasas, bollos y todo cuanto puede apetecer el paladar más refinado.

—Todo esto que ves —le dijo la mujer— es para ti; come y no te preocupes. Toma este anillo y pónelo en tu dedo; tiene a su servicio un genio, el más grande de los que yo domino, llamado *Tarix*, hijo de *Tatux*. Si deseas que venga no tienes que hacer más que frotar el anillo, e inmediatamente aparecerá. Cuantas cosas le mandes, ejecu-

tará; dará satisfacción a todos tus caprichos, a tal extremo, que si le ordenas matar al Califa y a su ejército, o arrojarlos al mar, no se hará repetir el mandato, y si quieres que arrase a Bagdad o que la vuelva de arriba abajo, serás complacido. Las alhajas que ves, así como los esclavos y esclavas, son un regalo mío. Por mi parte, te he dado satisfacción; por la tuya, arréglate con el Califa, porque eres ahora más fuerte que él y podrás hacer de su persona lo que te parezca. Sólo tengo que avisarte que si vuelves aquí otra vez a molestarme, te enviaré un genio que te cogerá y te echará en la última parte desierta del mundo.

Al oír estas palabras, Básım tomó la mano de Ommalqalaid y la besó diciéndole:

—¡Señora, que se aumente tu bien! Si yo vuelvo aquí, será culpable para conmigo mismo.

La mujer desapareció.

El Califa, antes de irse a acostar, ordenó que pusieran la mesa y que le llevaran la comida. Aterrado quedó el cocinero al no encontrar nada de lo que había preparado. Un momento después el carcelero vino a la presencia del Sultán, diciendo:

—El hombre encarcelado hoy ha hecho tal cosa; ya no tiene remedio.

Entonces el visir Cháfar bajó al calabozo, encontrando que el carcelero decía la verdad, y volvió a informar al Califa. Este se fué a ver a Básım, le presentó sus excusas y le dijo:

—No te molestes; yo lo hacía únicamente por divertirme contigo. Ahora tú eres el Rey y yo soy tu esclavo.

Básım lo perdonó generosamente. Vivió sólo diez días en esta grandeza y murió.

El poder volvió al Califa; pero sintió mucho la muerte del antiguo herrero, porque era un hombre bueno que a nadie había hecho daño. Razón lleva el refrán que dice: «Si es feliz, muere».

¡Gloria a quien ha sacado el Universo de la nada diciéndolo «¡Seal!»

F I N

En nuestro número próximo empezaremos la publicación del precioso cuento de *Las Mil y Una noches*, titulado

CHAUDAR, "EL PESCADOR"

YA QUEDÁN POCOS DÍAS

*Si quieres entrar en el GRAN SORTEO, apresúrate.*

Para entrar en el **Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores** (Primer premio: un «auto» Citroën; segundo, una bicicleta, y cincuenta magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de setiembre de 1926. **Más detalles en este mismo número.**



# JAIME EL VALEROSO

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Había una vez un matrimonio que tenía un hijo llamado Jaime. Sucedió con él lo que por lo regular ocurre cuando no hay sino un hijo único: que estaba muy consentido y no hacía más que aquello que le venía en gana, sin guardar consideraciones ni respeto ni obediencia alguna a nadie. Y mal educado e inquieto desde su cuna, fué aumentando su travesura a medida de su conocimiento, y así no había árbol, por alto y corpulento que fuese, que Jaime no lo trepara hasta su copa, ni casa que no asaltase, llegando en su atrevimiento a recorrer, saltando, los aleros de los tejados. Su desaplicación era instintiva, a pesar de ser listo y bastante discreto, ya que cuanto se le enseñaba lo aprendía perfectamente con un don raro de asimilación preciosa. Pero sus preocupaciones consistían en cometer diabluras y toda clase de audacias y tonterías. Su mayor placer estribaba en asustar a las gentes con cuantas extravagancias le dictaban sus ingeniosidades, ya que él ni temió jamás a personas duendes ni animales, ni a poder humano, ni sobrenatural tampoco.

Como Jaime estaba ya demasiado espigado y parecía ya un medio hombre, preocupáronse sus padres de su educación. Y aunque sentía mucho su madre desprenderse de él, comprendió, no obstante, que era necesario consentir en este sacrificio, y llevarlo al maestro de escuela, que por cierto era el sacristán del pueblo, para rogarle admitiese al joven en su clase y le educase e instruyese convenientemente.

Se lo llevaron, en efecto, y le instaron a que, riñéndole y pegándole inclusive, si era necesario, no tuviese en lo sucesivo que lamentar disgustos y contratiempos por su temeridad y desobediencia, y le curase de tan graves males. Hizo observar el padre de Jaime al maestro que lo más conveniente para su corrección sería conseguir darle un buen susto y comprendera, al fin, que había algo capaz de amedrentarle y llenarle de pavor, porque de lo contrario, su osadía y temeridad no tendrían límites y serían después irremediables.

Contéstole el sacristán que no le sería muy difícil asustarle para conseguir su objeto, y que todo corría de su cuenta de allí en adelante.

Pasado algún tiempo, una noche, víspera de fiesta, dijo a Jaime el sacristán, su preceptor:

—Paréceme que el campanero, por haberse embriagado, se ha olvidado de tocar las campanas, y es conveniente que vayas tú a voltearlas. Hazlo y te daré en recompensa dos reales por ese trabajo que no tienes obligación de ejecutar.

—Está bien —contestó Jaime—. Y, transcurrido algún tiempo, cruzó por entre las sombras el cementerio y subió al campanario.

Regocijante y con todas sus fuerzas, echó a vuelo las campanas para que se oyera su tañido en siete distintas parroquias. Cuando Jaime terminó su cometido, vió, al descender por las escaleras, un fantasma, que pretendía detenerle el paso.

—Si estás vivo, habla; y si estás muerto, retírate, tonto, y no me hagas reír —dijo Jaime.

Pero el fantasma no se movía, y quedóse donde estaba en actitud amenazadora. Jaime, entonces, lo derribó, y haciéndole rodar por la escalera, marchóse después a la casa, sin decir a nadie una palabra de lo que había sucedido.

—¿No has encontrado a nadie? —preguntóle la mujer del sacristán.

—Sí —contestó—. Había un rantsma largo y feo que pretendió detenerme en la escalera; mas lo derribé y ha rodado por todos los escalones.

—¿No se habrá lastimado? —repuso la mujer.

—¿Y a mí qué me importa? —replicó Jaime.

La mujer insistió en que éste le acompañase hasta la iglesia para enterarse bien de lo acaecido.

—¡Qué raro es esto, que tenga esta mujer tanto sentimiento por un fantasma! —pensó Jaime.

Pero se conformó y fueron juntos.

Cuando llegaron a la torre vieron al pobre sacristán tendido al

pie de la escalera sin poderse mover, porque al rodar se había quebrado una pierna. En la misma sábana blanca donde se había liado para asustar al joven lo envolvieron y llevaron a la casa para acostarle, aunque de los porrazos recibidos se quedó cojo por toda su vida. De allí adelante no quisieron tener a Jaime ya más en la casa y regresó a la suya. Su padre se disgustó mucho con él y le recriminó su perversidad. Al día siguiente fué el buen hombre a entrevistarse con el cura, y rogándole admitiera a su hijo para educarle, ofrecióle pagarle bien si conseguía darle un buen susto, porque esto, como decía su padre, era lo que más necesitaba su hijo para su corrección.

—Bueno, mándemele usted. Pro-

curaré, en la medida de mis fuerzas, curarle de su temeridad.

Jaime, en efecto, se fué a vivir con su nuevo protector. Un sábado, a media noche, llamó el cura a Jaime y le dijo:

—Oye, hijo mío, me he dejado olvidada la Biblia en la iglesia. Está sobre el altar y la necesito para por la mañana. Te daré tres reales por el mandato.

Se levantó Jaime en seguida, tomó la llave de la iglesia, abrió la puerta de aquélla y derecho y resuelto se dirigió al altar.

Había en él un hombre alto leyendo en el libro, y en la obscuridad brillaban sus ojos como dos llamas de fuego.

—Con su permiso —dijo Jaime sin inmutarse.

Y arrebatándole el libro de las manos regresó tranquilamente por el mismo camino. Cerró la puerta de la iglesia y entregó la llave y el libro al cura.

—¿No has observado nada raro? —preguntóle éste.

—No... —dijo Jaime—. Ah..., sí, es verdad, se me olvidaba... Un hombre alto y negro leía en el libro de usted, padre, y entonces le dije: «Con su permiso», y se lo quité.

—¿No te dió miedo?

—No; no sé lo que es eso.







—Bueno, pues vete a tu casa con tus padres, que yo no puedo enseñarte nada.

Marchó Jaime a su casa y contó en ella todo lo que le aconteciera. Su padre, enfurecido, le dijo que no quería tener un impío en su casa sin temor a vivos ni a muertos, y pretendió echarle a la calle al instante; pero rogóle su mujer encarecidamente le dejase pasar por lo menos la noche en la casa. Muy de mañana, arrojó su padre a Jaime a la calle para que se ganase la vida por el mundo. Dióle su madre a escondidas un cesto con alguna comida para el camino. Le acompañó hasta el zaguán, le besó y, llorando, exclamó:

—¡Dios te acompañe y te dé suerte, pobre hijo mío!

Anduvo Jaime por la carretera todo el día, pensando para sí que, puesto que no querían tenerle ya en su casa, lo mejor sería marcharse muy lejos de aquellos contornos. Llegada la noche, rendido por el cansancio, al pasar junto a un bosque, recostándose sobre el musgo, se quedó bien pronto dormido. Ya más entrada la noche, se despertó aterido de frío. Levantóse y principió a darse golpes en el cuerpo con las manos. Y después de ejecutar otros varios ejercicios gimnásticos, dió una vuelta corriendo hasta conseguir reaccionar y entrar en calor. Sentóse luego sobre una piedra y sacó el cesto para comer un poco de lo que llevaba. En seguida vió cuatro hombres sentados junto a donde él se hallaba, que jugaban a la baraja, y oyóles decir que uno de ellos tenía que retirarse por haber perdido todo el dinero que tenía. Juan recordó que conservaba en su bolsillo los tres reales que el cura le había dado, y dirigiéndose hacia aquéllos manifestóles sus deseos de querer entrar en el puesto que dejaba el jugador arruinado. Le admitieron y comenzó a jugar. Repartió las cartas y divirtióse un buen rato. A pesar de que jugaban a un tanto pequeño, Jaime les ganó tres reales. Entonces dijo uno de ellos:

—Danos el dinero que has ganado.

—Yo no tengo que daros nada —respondió Jaime.

Entonces los cuatro hombres, que eran unos malhechores, desenvainaron sus espadas y se dirigieron hacia donde estaba Jaime. Este, que había cogido un grueso palo, los dejó acercarse y sacudió tal garrotazo al más cercano, que los tres huyeron más que a escape.

Jaime, que era un chico de buen corazón, al ver caer al hombre a tierra se acercó a curarle y vió que sólo estaba atontado por el golpe recibido. Le echó un poco de agua por la cabeza, y cuando volvió en sí se levantó y dijo:

—Amigo, tienes el brazo fuerte; que Dios te lo conserve.

Y se marchó.

Terminada la aventura de esta feliz manera, Jaime se dispuso a dormir otra vez sobre el mullido musgo, cuando vió por entre unos árboles que tenía enfrente un resplandor vivísimo que se iba agrandando poco a poco.

En el centro de este resplandor apareció una figura de mujer cubierta con un manto de oro, y acercándose a Jaime le dijo:

—He visto la aventura que acabas de tener y cómo en ella te has portado. Yo soy el hada Bondad y te voy a recompensar por tu valor y tu buena acción.

Dicho esto dió al joven un trozo de cera y exclamó:

—Esta cera tiene virtud y gracia sobrehumanas.

Entonces el hada contó a Jaime que en un país lejano vivía un rey que, habiendo estado paralítico muchos años, prometió que al que llegase a curarle le daría su hija por esposa, la mitad del reino y todos sus bienes después de su muerte.

—A ese país tienes que marchar —dijole el hada— y buscar colocación, sea de la clase que quiera, en palacio. Te advertirán que nunca aludas al rey en su presencia, pues ha dado orden que aquel que a ello se atreva tiene que curarle o perder, de lo contrario, la vida. No obstante, procurarás verle y hacer todo lo contrario, a fin de que pueda oírte. Esta cera que te doy le curará por completo. Pero ten cuidado de no curarle sino el brazo derecho, y cuando pretenda que continúes la curación, le exiges te dé por escrito lo que haya de ofrecerte por ella, porque si así no lo haces puede muy fácilmente engañarte y dejarte incumplido lo que te prometiera.

Guarda, pues, bien la cera y hasta la vista. Vete con Dios y que El te ayude.

Empezó Jaime su viaje, y durante el camino preguntaba a todo el que veía cuál era el que conducía al reino adonde iba. Manifestábanle cuán lejos estaba; pero siguiendo impasible su ruta, descansaba durante las noches en las posadas, en las que hallaba siempre buenas gentes. Pasaron así muchos días, hasta que una noche hubo de llegar a un molino, y entrando en él, preguntó si querían darle de cenar y alojamiento.

—Sí —le contestó el molinero— Podemos darte de cenar, pero no aposento, porque apenas si tenemos sitio para los que aquí nos albergamos.

Manifestóle, sin embargo, que por allí cerca había una hacienda, en la que se murmuraba había duendes y no quería nadie habitar en ella sino de

día, y pasaba por ello la noche la gente en casa del molinero, causa de que tuviese su hostería ocupada durante la vigilia.

—Quizás podré yo dormir en esa hacienda —dijo Jaime— y así tendré sitio de sobra, toda vez que dispondré a mi antojo de todas las habitaciones, y estoy acostumbrado, por otra parte, a duendes y fantasmas para que puedan darme susto esas cosas.

En este preciso momento llegaron al molino los dueños de la finca con todos los criados en coche, y cuando supieron que había un pobre caminante que pretendía pernoctar en dicha hacienda diéronle permiso para ello, si bien bajo su exclusiva responsabilidad, ya que tanto quería exponer su vida.

—Puedes tomar lo que quieras para comer y beber, porque allí hay de todo.

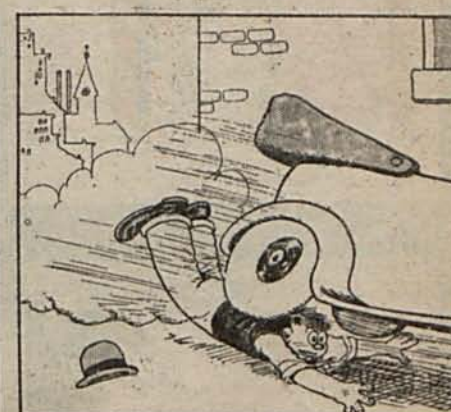
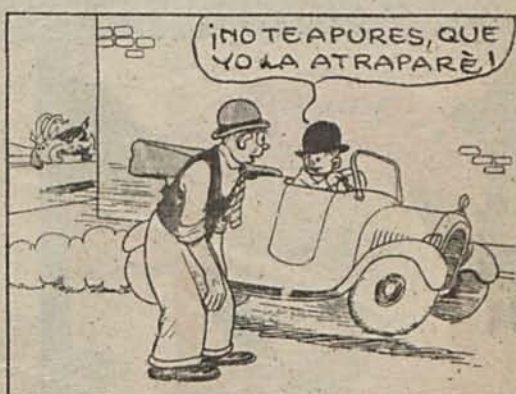
(Continuará en el número próximo.)

*Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véanse las condiciones :: en este mismo número. ::*





# POTIPÁN Y CAÑAMÓN







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.







# COLORÍN Y SU PANDILLA





# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## LA VACA Y EL TERNERO

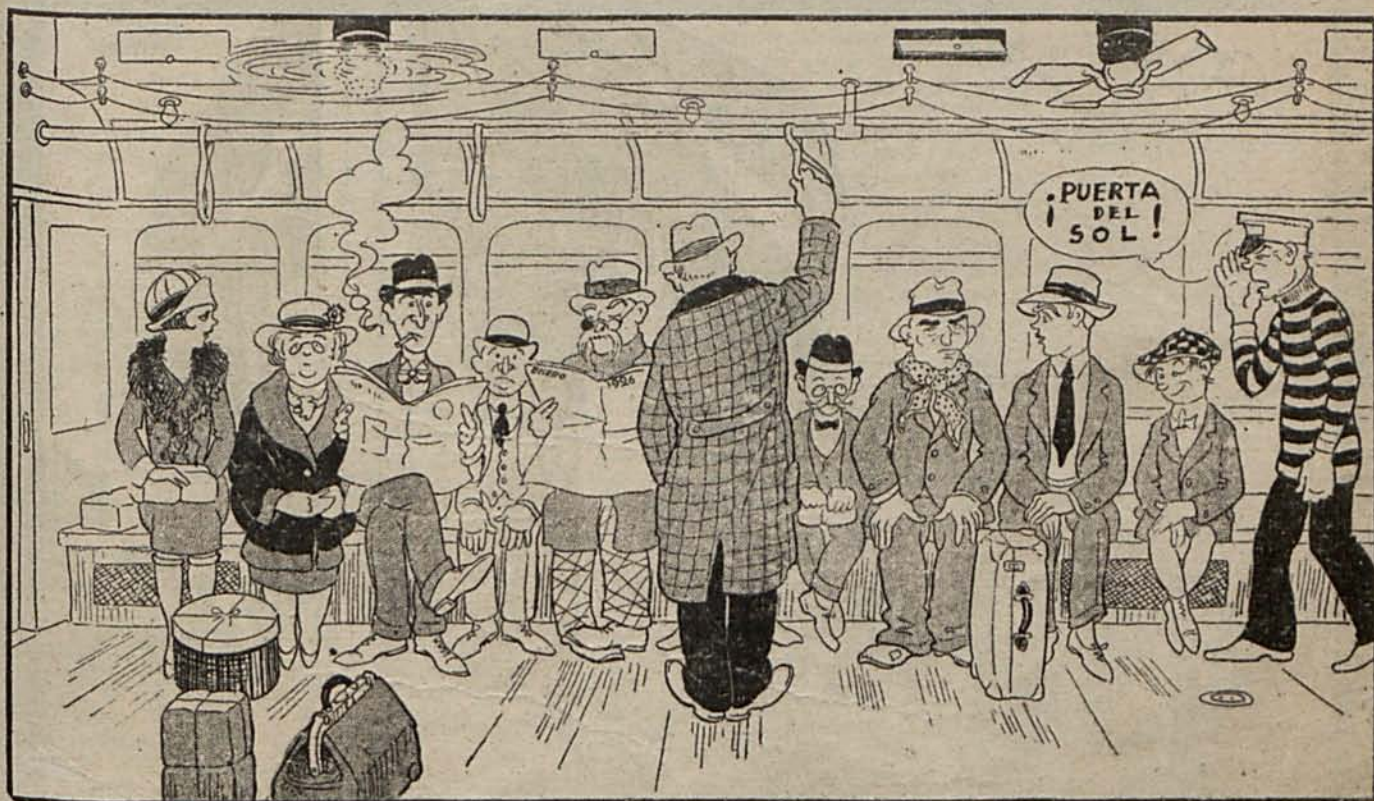


Pedrin era un buen muchacho, muy trabajador, que se dedicaba durante el verano a cuidar vacas. Sucedió una vez que al ir a encerrar el ganado notó la ausencia de una vaca y un ternero.

Volvió al día siguiente al sitio donde solían pastar las vacas, y viendo que no parecían por ningún lado la vaca y el ternero, pensó que se los habían robado y se escondió para sorprender al ladrón.

Pedrin sospecha del pobre que pide limosna en el camino; pero nosotros estamos seguros de que no hay tal robo. ¿Dónde está Pedrin y dónde se hallan la vaca y el ternero?

**¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?**



Pues señor, aquí tenéis otro dibujito con sus correspondientes disparates o errores.

Hace unos días me escribió un querido Pinochista, cuyo nombre me callo, diciéndome que le dijera, cuáles eran los errores de estos dibujos. Como comprenderéis, queridos amiguitos, si os digo cuáles son, entonces, ¿qué váis a hacer vosotros? Yo os lo diré si nadie los acierta (cosa imposible, pues en todos los Concursos hay miles de soluciones, y algunas de ellas perfectas) al publicarse las soluciones. Y con esto queda contestado mi buen amigo y todos los que hayan pensado como él. Ahora a averiguar cuáles son los errores de este dibujo. Hay 12; uno de ellos es que el cobrador está con jersey. ¿Cuáles son los otros 11?







# COLABORACION PINOCHISTA

HISTORIETA MUDA



JOSÉ SERRANO CUBILLO.—Sevilla.

## CASTIGADOS POR GOLOSOS (Historieta.)



—¡Hay bollos, Chonón!

—¿Los coges?  
—¡Sí!

—¡A la bohardilla con ellos!

—Aquí están seguros, luego volveremos.

—Vamos a por ellos.

—¡Decepción!

L. BLANCO.—Madrid.

## Mi aventura.



Pinocho pintando a Pirula.  
J. R. OTAOLA.

Tendría yo ocho años cuando ocurrió lo que os voy a contar. Vivíamos en las afueras de un pueblo muy pobre. Era una cruda noche de invierno y los árboles crujián al paso del impetuoso huracán. En la cocina, al calor de la lumbre, estaban sentados mis dos hermanos, mayores que yo. Mi abuelita sostenía en sus huesudas manos un libro, que leía en voz alta. Yo, en un rincón, escuchaba. No teníamos madre. Mi padre, que tenía fama de rico, y en verdad lo era, se debía quedar aquella noche en el pueblo para tratar de unos asuntos. De pronto se oyó un campanillazo, seguido de fuertes ladridos que daba nuestro fiel perro. Todos nos estremecimos y quedamos inmóviles. Los ladridos no cesaban. Otro campanillazo volvió a sonar. Mi abuela se levantó temblorosa, y cogiendo el candil se dispuso a salir. Yo se lo arrebaté de las manos diciendo: «No, abuelita; nunca consentiré que salgas tú a abrir». Pues para llegar a la puerta de entrada había que atravesar una oscura huerta. Pero mi abuelita, sin soltar el candil, respondió: «No, hijito, yo abriré; tú eres demasiado pequeño y no quiero que te ocurra nada». «Al contrario, abuelita —le dije—; a mí no me importa morir. En cambio quiero que tú vivas.» Por sus mejillas corrieron dos lágrimas de emoción y me dió un beso. Luego me abrió la puerta y me entregó el candil. Yo me envolví en mi bufanda, me calé la gorra y di unos pasos vacilantes. Temblaba de miedo. Todo me parecía fantasmas, y los árboles, que se movían por el huracán, parecían gigantes que me agarraban. Unos ladridos del perro me animaron, pues sabía que Tiqu era un fiel perro que, en caso necesario, daría su vida por salvarme. «Vaya; soy un hombre —me dije— y los hombres no tienen que tener miedo.» Y seguí andando. Por fin llegué a la puerta donde estaba atado Tiqu. Le acaricié para que callara y con voz apagada pregunté: «¿Quién es?». «Unos leñadores perdidos en el bosque», contestó una voz ronca. Miré por la cerradura para verles y, ¡oh angustia!, vi brillar la hoja de un cuchillo. Me estremecí y un sudor frío corrió por mi cuerpo. Tartamudeando respondí: «Mucho lo siento, pero no tenemos sitio donde hospedarles.» «¡Ah, sí! —dijo el bandido—; pues si no es por las buenas será por las malas.» Y se dispuso a romper la cerradura, cosa imposible, pues era muy fuerte. De pronto se oyó el galope lejano de unos caballos. Me dió un vuelco el corazón y cobré esperanzas. Una detonación retumbó en el espacio. Luego otra, que dejó herido a un ladrón. El otro huyó atemorizado. Los jinetes se detuvieron ante la puerta y, ¡oh alegría!, era mi padre con un acompañante. Yo me tiré en sus brazos diciendo: «¡Padre, padre, nos has salvado!» Luego, cuando le conté lo ocurrido, me abrazó nuevamente diciendo: «¡Bravo! Eres un héroe.» Yo me sentí feliz. ¡Me había llamado héroe!



El general Espartero.  
F. M.ª DE ITURRAGAY.  
Trece años. Madrid.



Pelayo.  
JOSÉ R. ARCE.  
Toledo.



Mi primo Santiago.  
ANITA CABALLERO.



La ermita.  
MANUEL ED. GÓMEZ.  
Cartagena (Colombia).



Un indio.  
ALICIA MARTÍNEZ  
Madrid.



La muñeca de mi hermana.  
LUIS RODRÍGUEZ.—Madrid.



Mi amiguito Pepito.  
JOSÉ LUIS AMAROJO.  
Diez años.



Una buena parada.  
TONI.



El Jaime I.  
FRANCISCO FONTANALS.—Toro.



Dos vascos.  
IGNACIO ORTIZ.  
Bilbao.



General Gerardo Machado.  
MERCEDES REY.



Sancho Panza.  
MARÍA NIETO.  
Madrid.



Currinche disfrazado de Colombina.  
ELENA LASERNA PINZÓN.—Bogotá. (Colombia).



Chonón.  
CARMEN DEL BUSTO.  
Madrid.



Estudio.  
AURORA CARRASCO.  
Barcelona.

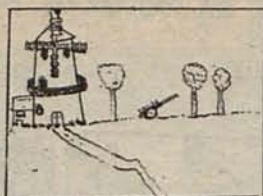
## IMPORTANTE

Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de Colaboración Pinochista, aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse, admitiremos otra vez originales para esta sección.





Escenas del Far-West.  
E. MATEO.—Valladolid.



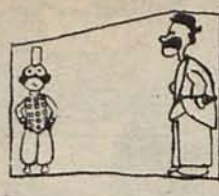
El molino de mi aldea.  
JULIÁN ALBÉNIZ.  
Bilbao.



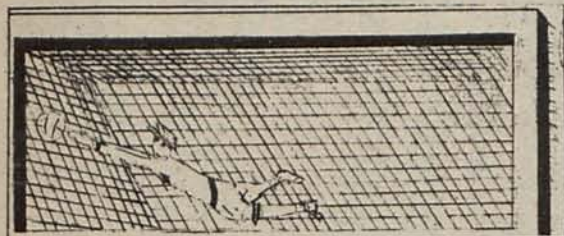
Apunte.  
MARIANO URDIAIN,  
Madrid.



El carro de PINOCHO.  
FERNANDO NIETO,  
Cádiz.



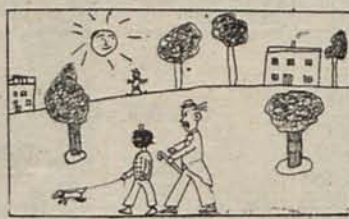
Currinche y Don Turulato.  
GILITA REMÓN.  
Bilbao.



Pinocho en una parada.  
EDUARDO ESTIRADO.—Trece años, Madrid.



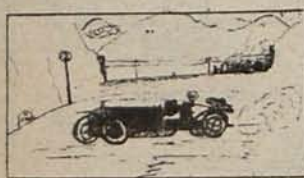
Doña Tecla.  
LUIS SEGARRETA.  
Cuatro años, Mé-  
jico.



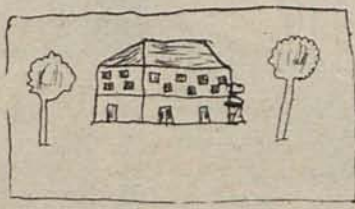
Currinche y Don Turulato marchan de paseo  
un rato.  
FERNANDO MATA.  
Madrid.



Modelo de tarjeta de felicita-  
ción.  
P. A. CUADA  
Nicaragua.



¡A la carrera!  
LUIS FERNÁNDEZ.  
Madrid.



Casa de campo de mi tía.  
LOLA LLORCA.  
Melilla.



El conejito sabio.  
ANGELITA ADRIÁN.  
Madrid.



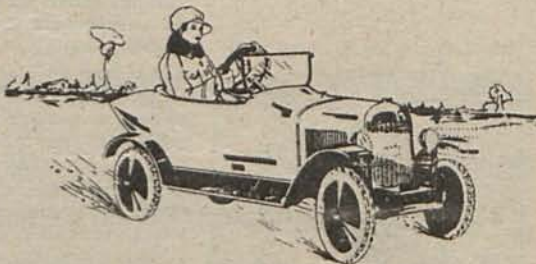
Pinocho, conductor de autobuses.  
CARLOS PITTALUGA.  
Madrid.

## SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

### PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo auto es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este auto. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



### SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

### TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorros, objetos de tocador, etc., etc.

### CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo niquelado con ruedas de goma cadena de transmisión, etc., etc.

### QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

### SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

### SÉTIMO PREMIO

Una caja de acuarela.

## DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

### CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sor-

teo, y aquéllos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

### NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, algo de los cisnes.

—He aquí uno de los animales más mirados y remirados por el hombre. Los poetas, sobre todos, se embelesan con los cisnes de tal forma, que bien parece que estos animales, tan blancos, tan pulcros, con su cuello larguísimo, unas veces tirante, otras veces blando y arqueado, son los únicos animales bellos de la tierra. El cisne es estético, no cabe duda, pero no tanto como ponderan por ahí.

—Soy tu discípulo y debo respetarte, querido buho. Te debo mi sabiduría... Si no fuera así, te diría lo que pienso en este momento.

—Dilo. ¿Qué es lo que piensas?

—Imagino, quizás sin razón, acaso con ella, que tus palabras no son leales. Las dicta la envidia. El cisne es un animal bellissimo, digas tú lo que quieras. El cisne ha sido la admiración de todas las épocas, de todos los hombres. Su figura en el estanque, sobre la superficie del agua, es algo verdaderamente prodigioso y maravilloso. En la antigüedad, en Grecia, el cisne estaba consagrado a Apolo, Leda y Venus. Al primero, por ser el dios de la música, refiriéndose a la creencia de que el cisne moría cantando dulcemente. En la fábula de Leda, Júpiter toma la forma de cisne para enamorarla. El carro de Venus solía representarse tirado por hermosos cisnes... ¿Qué puedes tú, humilde buho, contra ese animal delicioso, admirado desde los primeros tiempos? En los monumentos artísticos el cisne representa la crítica elevada...

—Me humillas, querido Chonón.

—No te humillo. Hago resplandecer la verdad, más blanca y hermosa que los propios cisnes.

—Como quieras. Pero a mí los cisnes, la verdad, no me parecen tan bellos como dicen.

—Bueno. Háblame de ellos; pero sin hablar mal. Es decir, cuéntame su vida, sus particularidades; pero no te ensañes diciéndome que si son así o de la otra manera.

—Perfectamente.

—Te escucho, querido buho.

—Hay muchas clases de cisnes. Pero para diferenciarlos de una vez, te diré que existen, de una parte, los cisnes domésticos que son

los que ves diariamente en fuentes y estanques, y de otra, los cisnes silvestres, que acaso no hayas visto nunca.

—Así es.

—El cisne silvestre o cantor se diferencia un poco, aunque no mucho, del cisne doméstico. En el invierno aparece en el Mediodía de Europa, en Turquía, en China, en Japón. Durante su vuelo se oyen perfectamente sus gritos. En verano anidan en Laponia y otros lugares. Los cazadores buscan los cisnes para comerciar luego con sus plumas. Hay, además, otros cisnes de menor tamaño. Y hay —admirate— cisnes negros.

—¿Negros?

—Completamente negros, Chonón, a excepción de las remeras, que son blancas.

—¿Y el cisne doméstico?

—Ya lo conoces.

—Y bien que lo conozco. El cisne doméstico es, sin duda, el más bello de todos los cisnes. Bello, desde luego, en el agua; porque estos animales, si bien son de un aspecto delicioso cuando nadan, tienen la más deplorable figura cuando andan.

—Es cierto.

—Y me han dicho —y acaso lleven razón— que los cisnes tienen un carácter dominante, duro, insufrible, para con las demás aves que le rodean.

—También es cierto.

—Defectillos insignificantes, querido buho.

—No tan insignificantes como parece, como a ti te parece, querido Chonón. El carácter, la manera cómo nosotros nos portamos con los demás, tiene, desde luego, una excepcional importancia. La belleza del cisne, sus bellas cualidades exteriores no justifican, ni con mucho, su natural carácter, verdaderamente insufrible.

—No te exaltes. El cisne no es un monstruo de maldad. Siempre lo vi tranquilo, reposadísimo, sobre la superficie del agua.

—Pero tampoco es un bendito.

—Bueno, dejemos este asunto.

—Mejor es dejarlo.

—Adiós.

—Adiós.

## CORRESPONDENCIA

**Maria Esperanza Marfil.**—Mi querida M.<sup>a</sup> Esperanza: Con tu carta, tan amable, he recibido tus admirables pasatiempos. Hace mucho tiempo, mucho, que aquellos los venimos haciendo Pirula, Morronguis y yo, a instancias de los Pinochistas. Pero ello no debe apurarte. Como eres suscritora, apenas se reanude el cupón de colaboración podrás remitirme cuantos trabajos quieras. Yo tendré mucho gusto en publicarlos en PINOCHO.

Recibe una multitud de abrazos de Pirula, Anita, Potipán, Cañamón, etcétera, etc.

**José M.<sup>a</sup> Borrel y Ruiz.**—¿Cuánto gozarás en ese hotel de Guadarrama, a ochenta mil metros sobre el nivel de la calle de Alcalá! De ahí me vienen, volando, tus magníficos dibujos, los cuales, contra mis naturales deseos, dejo apartados para no publicarlos. Ya sabes lo que hay, mi querido José M.<sup>a</sup>, y me parece que no hay que insistir en ello. Tú eres inteligente, muchísimo, más de lo corriente, y me comprenderás.

**Eduardo Maldonado.**—He recibido tus soluciones del mes de Julio. Yo no puedo aventurar nada sobre la suerte que han de correr aquellos trabajos tuyos. Me parecen bien, por el pronto, y nada más. Luego, cuando llegue su hora, dirá la suerte... Un abrazo de Pirula, otro de Anita, otros muchos más de Currinche, Don Turulato, Potipán, Cañamón, etc., etc.

**Marina Cachivero, Angelita Pardo.**—Aunque tenéis la amabilidad de remitirme vuestros trabajos con cupones —con cupones antiguos, desde luego—, debo deciros, como a todos, que por ahora, no puedo admitir colaboración. He hablado muchas veces sobre esto, y creo que ya es conocido el motivo por todos los Pinochistas, menos por vosotros. Hojead algunos números —el anterior a éste, por ejemplo— y me ahorraréis una explicación.

**Esperanza y Víctor Fernández.**—He recibido vuestra extensísima carta, que me ha alegrado muchísimo, y ya di a su tiempo las indicaciones oportunas para que te remitieran a Asturias mi PINOCHO semanal. Me satisface vuestra alegría, y espero que volveréis a Gijón pesando cada uno de vosotros, por lo menos, trescientos kilos.

Eso es lo que yo deseo, mis queridos amigos.

¡Buen verano! ¡Buen final de verano!

**A. Gómez.**—Con tus nuevos trabajos recibo una nota suplicatoria. Ya sabrás, por números anteriores, mis últimas disposiciones con relación a la colaboración Pinochista. La tuya, no obstante ser de las mejores; no puede obtener por mi parte, si he de ser el mismo para todos, una dispensa o gracia especial. ¡Comprendido!

**Margarita Fuentes Lobo.**—Soy sevillana; y a una niña de la tierra de María Santísima no le va Pinocho a contradeclar, me dices en tu última y resaladísima carta. ¿Contradecirte? ¡Imposible! Hará un mes, por lo menos, que tendrás en tu poder el diploma que te correspondió como mención honorífica. Yo no contesté a tu carta particularmente, como era tu deseo; primero, porque no sostengo otra correspondencia que ésta; segundo, porque mis muchas ocupaciones, cada vez más numerosas, me tienen maniatado y aplollado. Pero de todas formas, ya ves que, aunque tarde, no dejo de contestar tus cartas. ¿Hubiera sido posible? ¡Tratándose de una sevillana? ¡Tratándose de una niña de la tierra de María Santísima? ¡Imposible! ¡Imposible!

Abrazos de Pirula y Anita. Recuerdos, apretones de manos, de todos los demás. ¡Adiós! ¡Adiós!

**Maria Jesús Saiz.**—«Anita» está muy bien, hablando, pestañeando, es su más exacto espejo. Pero... ¿No sabes? ¿No has leído los anteriores números de PINOCHO? ¡Habré de insistir otra vez, Maria Jesús, sobre el asunto de la colaboración Pinochista!

**Julio Zahonero.**—Es lástima que no podamos devolverte estos magníficos dibujos que me remites. De hacerlo contigo habría que hacerlo, también, con todos, y eso no podría ser. Tu «buena parada», y tu no menos bueno chiste quedará sin publicación, como todo lo que recibo en esta época. Pero eres suscriptor —¡y con el capicua 2992!— y ello me tranquiliza. Me tranquiliza porque apenas se reanude el cupón de colaboración podrás remitirme cuantos trabajos quieras. Así lo espero, para esa época.

Abrazos de Morronguis, Don Turulato, Currinche, Potipán, etc., etc.

**Emiliano Polít Fabara.**—Mi querido Emiliano: No puedes darte idea cuanto siento que tus soluciones de concursos, tan perfectas, hayan llegado un poquito tarde, un poquito después de haberse dictado el fallo de las soluciones del mes de abril. Y si bien miramos, no ha sido precipitación nuestra, sino retraso tuyo. Precisamente esperamos el tiempo suficiente para que puedas tomar parte en nuestros concursos toda América, desde Bering a Magallanes, y toda Europa, desde el norte de los Urales al extremo occidental de la Bética. Soy universal, como sabes, absolutamente cosmopolita, y no hay desuido en esto. Envíame tus concursos a tiempo —Ecuador está muy cerca de España— y ya verás. Dado el talento que demuestras en los que hoy me envías, estoy seguro que obtendrás, al fin, alguna recompensa.

**Antóni Woves.**—Recibo tu estupenda carta, estupidamente versificada, y me atengo a las razones que en ella me expones. Si tu hermanita Violeta —¡qué precioso nombre!— está suscrita a PINOCHO, cuando se reanuden los cupones de colaboración, tú, como hermano de Violeta, es decir, de una suscritora, podrás remitirme, alguna que otra vez, con su cupón de colaboración, algún que otro trabajo. Pero esto no es para hablado ahora. Tiempo habrá, a su tiempo, de dilucidarlo con precisión.

Recuerdos a Violeta de Pirula y Anita, y para ti muchos abrazos de Morronguis, el cual siente por ti verdadera debilidad.

**Consuelo Fajardo.**—Mi queridísima Consuelito: ¡Cuánto me alegra tu carta! ¡Cuánto me satisface la tinta aguachinada de tu carta! ¡Cómo me llenan de contento tus indicaciones! Anita, mi querida Consuelo, no desaparecerá del mapa de PINOCHO. Es mucho, muy grande, el cariño a que se ha hecho acreedora en tan poco tiempo, y sería falta imperdonable, por mi parte, hacerla desaparecer descortésmente. No te preocupes. Conozco mis obligaciones. Sé del gusto de mis Pinochistas. Siempre estaré al lado de mis lectores.

Gracias, Consuelito. Gracias por tu carta de tinta de pueblo —¡Cercedilla!—, de tinta clara, acuosa o aguachinada. ¡Gracias! Más vale este consejo tuyo, salido de tu corazón, grande como el de Anita, más vale este consejo tuyo que toda una cordillera de oro y plata.

Besos de Anita, abrazos de Pirula.



# LOS REGALOS DE SETIEMBRE

Sorteados los regalos de PINOCHO del mes de setiembre, han correspondido a los siguientes suscritores:

- Primer premio. . . 25 pesetas en dinero, a D. Leopoldo Sañudo.—Torrelavega.  
 Segundo premio. . 15 pesetas en libros, a D. Rubén M. Bustelo.—Buenos Aires.  
 Tercer premio. . . 10 pesetas en libros, a D. Ricardo Font.—Barcelona.  
 Cuarto premio. . . 5 pesetas en libros, a D. Felipe Mazarrasa.—Santander.  
 Quinto premio. . . 3 pesetas en libros, a D. Alfonso Dalmau.—Madrid.

En estos sorteos entran todos los suscritores por un año, un semestre o un trimestre. Los números premiados corresponden a los de sus recibos de suscripción.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447.—Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del PINOCHISTA premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

## PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



**María Clapés Maguío.**  
Barcelona.—Premio 47 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.  
Un lote de libros.



**Pilar Gillis Yuste.**  
Guernica (Vizcaya).—Primer premio del concurso de Problemas y Pasatiempos del mes de marzo.  
25 pesetas en libros.



**Paquito Gil de Solá.**  
Barcelona.—Premio quinto del sorteo mensual para los suscritores, correspondiente al mes de mayo.  
3 pesetas en libros.



**Julia Antón Sabadío.**  
Madrid.—Premio quinto del concurso de Problemas y Pasatiempos del mes de febrero.  
5 pesetas en libros.

## LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

### REGALOS GENERALES

- 1.° Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
  - 2.° Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
  - 3.° Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
  - 4.° Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. Desde ahora sólo podrán tomar parte en estos concursos los suscritores por año, por semestre o por trimestre.
  - 5.° Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. Desde ahora sólo los suscritores podrán enviar chistes, dibujos, cuentos, etc., para que se publiquen en PINOCHO.
- Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

### REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

#### Si la suscripción es por un trimestre

- 1.° Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- 2.° Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

#### Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

#### Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de cincuenta números para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

## BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D. ....

calle de .....

núm. ....

Pueblo .....

Provincia .....

se suscribe a

PINOCHO por (1) {

UN AÑO.....  
UN SEMESTRE...  
UN TRIMESTRE..

cuyo importe de {

veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).  
diez pesetas (ó 12 pesetas) .....  
cinco pesetas (ó 6 pesetas) .....

remite a la Adminis-

tración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 (3), en (4) .....

También remite 1,50 pese-

tas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite .....

pesetas.

(Fecha y firma.)

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración directamente, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

(5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

### SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.° de Abril de 1926 admitimos suscripciones a PINOCHO, certificadas; es decir, que remitiremos cada número semanal certificado, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año..... 23 pesetas.

Semestre..... 12 —

Trimestre..... 6 —

### IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal impuestos por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas indicaciones:

1.° Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.

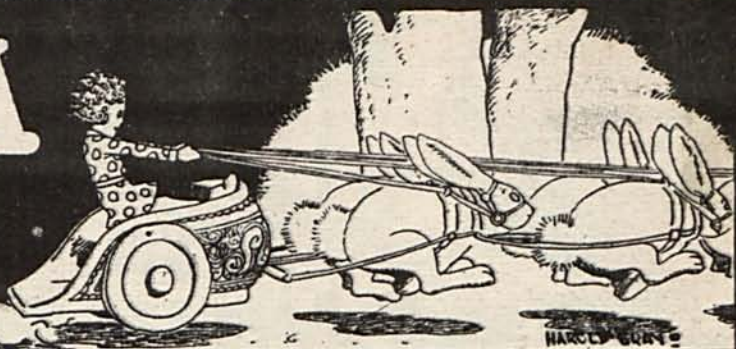
2.° Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el número de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.

3.° Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 céntimos en sellos.



# ANITA

## BUEN-CORAZON



BUENO, AHORA MISMITO NOS VAMOS AL CAMPO. ¡QUÉ GUSTO ME DÁ PENSAR QUE VAMOS A VER OTRA VEZ A LAS GALLINAS, A LAS VACAS, A LOS COMEJOS...



Y TE ADVIERTO QUE EN EL CAMPO LOS ANIMALES NO SON COMO EN LA CIUDAD. ALLÍ NO TIENEN MIEDO A NADA. YA VERÁS QUE PRONTO NOS HACEMOS UNOS CUANTOS AMIGOS



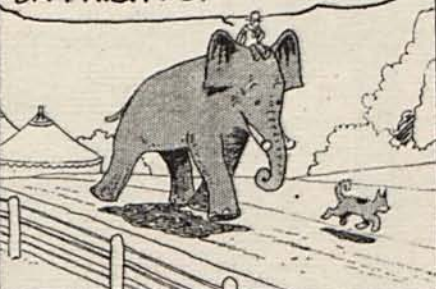
¡ANDA! ¡YA NOS HA VISTO TONIN ELEFANTE, Y HABRÁ QUE DEJARLO VENIR CON NOSOTROS PORQUE SI NO EMPEZARÁ A LLORAR Y ES CAPAZ DE INUNDAR LA CIUDAD!



BUENO, TONIN, TE DEJAMOS VENIR CON NOSOTROS AL CAMPO. VERÁS COMO TE VÁS A PASEAR A TUS ANCHAS.



ADEMÁS EN EL CAMPO NO HAY RUIDOS MOLESTOS, NI LA GENTE SE EXCITA NI SE DÁ PRISA POR NADA.



¡MI TIA, LO QUE VIENE POR AHÍ!

¡YO VEO VISIONES!

¡EL FIN DEL MUNDO!



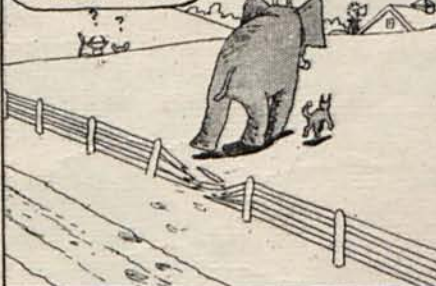
¿SERÁN TONTOS? ¿PUES NO SE ASUSTAN DE TAN POCOS COSAS?

¡CORRE QUE VIENE!

¡Y A ESTÁ AHÍ!



¡BAH! ¡SON GENTE DE LA CIUDAD! DEJEMOS LA CARRETERA Y VAMOS POR EN MEDIO DEL CAMPO!



¿PERO DE QUÉ SE ASUSTAN?

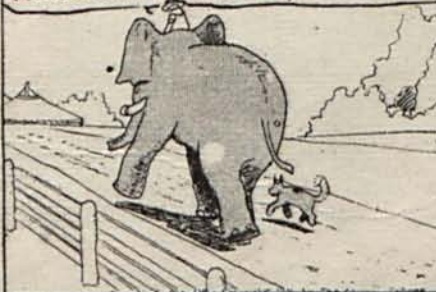


¿A QUÉ GRITAR TANTO? SI TONIN NO HACE DAÑO A NADIE!

¡AY!



¿HAS VISTO QUÉ TONTOS? ¡MIRA QUE ASUSTARSE DE NOSOTROS QUE NO QUEREMOS SINO HACER AMISTADES CON ELLOS!



¡ASÍ ES EL MUNDO, TONIN! NO SE JUZGA MÁS QUE POR LAS APARIENCIAS, TE HAN VISTO TAN GRANDE Y TAN FEU Y YA NO HAN QUERIDO REPARAR EN MÁS. ¡SON TONTOS DE CAPIROTE!







# SECCIÓN PIRULA

## CHARLAS DE PIRULA

*Juegos.*—Ya se acerca el otoño. Hace un día lluvioso, fresco, tris-

tón. Imposible salir. Lo mejor es reunirse en casa, en torno a una mesa y jugar. ¿A qué? Pues ya se sabe: al «mah-jong».

Sí que es divertido este juego chino; y, sin embargo, yo os aseguro que hay muchos otros que no lo son menos. Los hay inocentes, como el de la oca, que entretienen... mientras no hacen dormir. ¡Qué rabia cuando se cae en «el pozo» o en «la cárcel»! ¡Qué desesperación cuando se cae en «la Muerte» y hay que volver a empezar!

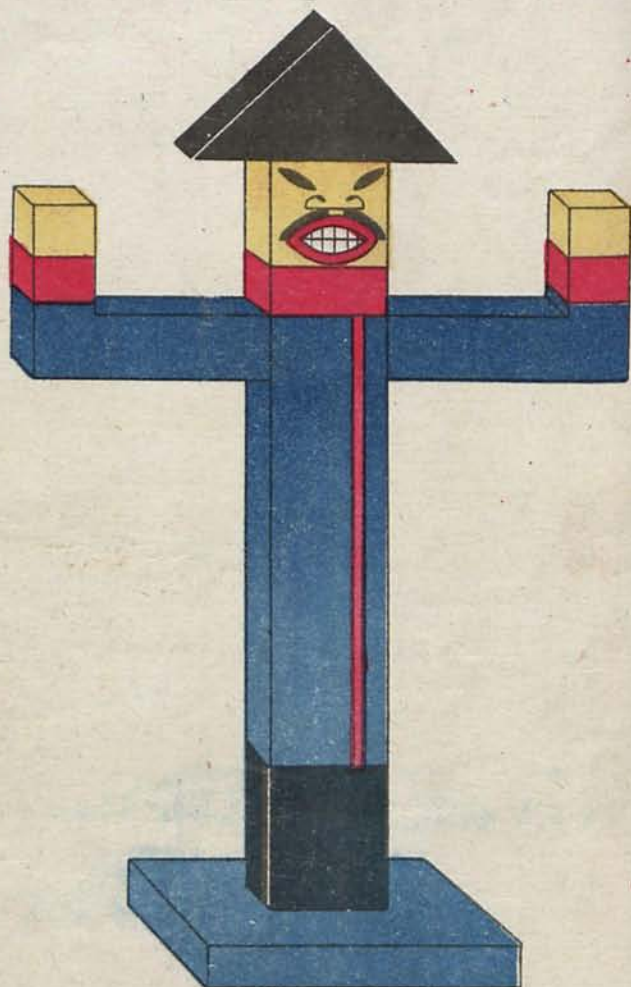
A mí, el juego que siempre me ha entretenido mucho es el puzzle, que viene a ser algo así como un rompecabezas bastante difícil de sacar. Y a propósito de rompecabezas, no todos son tan «para niños pequeños» como los que reproducen cromos. Los hay difíciles, complicados y hasta instructivos. Son los de mapas geográficos. A lo mejor los inventó algún señor para su niña, que no quería estudiar Geografía y se pasaba el día jugando. Con este rompecabezas pudo hacer las dos cosas a un tiempo y, casi sin notarlo, acabó sabiéndose todos los países del mundo con tal perfección que le entran ganas de dar la vuelta al mundo. Quizá se hizo exploradora, descubrió tierras desconocidas ocupadas por salvajes del Africa central, de esos que se ponen los días de fiesta corbatas con cuadros escoceses y se adornan con puños de celuloide para ir a la guerra; luego, en el desierto de Sahara... Pero todo esto son suposiciones.

Volviendo a los juegos, ya sé que el de la lotería no os hace mucha gracia porque resulta algo ñoño para niños tan inteligentes como vosotros. En cambio, ¿qué me decís del dominó? Ya, ya comprendo que es algo viejo, que no está de moda, que sus fichas tienen poca elegancia y, sin embargo..., si me guardáis ese secreto, si me prometéis no tacharme por eso de muñeca cursi y anticuada, os confesaré que... me hace casi más gracia que el «mah-jong».

¡Vaya, que no todo el mundo sabe jugar al dominó! No más tarde que ayer recibí una carta de una lectorcita que desespera porque, siendo muy aficionada al

dominó, pierde casi todos los partidos, o le «ahorcan» un doble, o el contrincante «cierra», teniendo ella todavía una enormidad de «tinta» o, en fin, le sucede cualquier otra de estas catástrofes, debidas un poco a su mala suerte y un mucho a sus descuidos y distracciones.

Esta cartita conmovedora es, precisamente, lo que me ha dado la idea de dibujaros una caja para pañue-



los que representa una ficha de dominó. Cualquier caja alargada, de madera o de cartón blanco, sirve para el caso. Basta con pintar de negro la caja y dejar la tapa en blanco, trazando en ella los puntos que más rabia os den. No hace falta, para realizar esta obra de arte, ser toda una Pirula; «ni siquiera» un Velázquez.

## PIRULA, MUEBLISTA

*Perchero japonés.*—Pues señor, érase que se era un japonesito que abandonó la casuca de bambú donde vivía en su país para venir a España a vender collares de perlas magníficas, de esos de a tres pesetas con setenta y cinco céntimos.

De pie, en la esquina de una calle, el japonesito se pasaba las horas muertas con sus hilos de gruesas perlas colgados de los brazos y con una maleta a sus pies. Y como vendía poco y se aburría mucho, un día se quedó dormido en esta forma; y al despertarse se encontró con que le habían robado todos sus tesoros. Desesperado, alzó los brazos al cielo invocando a Buda y... así se quedó.

Porque yo me sospecho que este japonés de madera que aquí veis, convertido en perchero para adorno de vuestro cuarto, es aquel japonesito que, bajo los sombreros y los abrigos que al volver de paseo colgaréis negligentemente de él, seguirá invocando a Buda por la pérdida de sus magníficos collares de perlas finas de a tres pesetas con setenta y cinco céntimos.

